

El "síndrome" diocesano de Antonio Pereira

Luis Alonso Luengo

Sí; el Síndrome Diocesano. Porque Antonio Pereira lo ha dicho muchas veces, "Yo más que súbdito del Gobernador de León, me siento súbdito del Obispo de Astorga, porque tengo más de diocesano que de provinciano.

Antonio Pereira es de El Bierzo, León fronterizo, diócesis fronteriza -ya sabéis que lo fronterizo siente más en profundidad que lo concéntrico, su identidad esencial- Es de Villafranca del Bierzo en el Camino de Peregrinos a Compostela, villa creada por peregrinos franceses, todo lo cual es tanto como dar dimensión universal a su identidad, al hacer de su diócesanía una de las claves de la cristiandad.

Así son sus relatos -últimamente éstos de su libro *El síndrome de Estocolmo* la autenticidad de la recreación de su tierra como por alguien se ha dicho En ellos hay bastante de autobiográfico, mucho de coterráneo y muchísimo de universal. ¡Qué bella mezcla -hecha unidad- esa su personalísima manera de sentir la fabulación, entre un humor que se detiene en la línea misma del esperpento, y un aura sentimental que se para en el límite mismo del melodrama, huyendo de una y otra actitud y dándonos, con su huida, la dimensión exacta originalísima de su identidad!

El Cuento -la narración breve- en León. Hemos de afirmar -lo hemos dicho otras veces- que el Cuento, la narrativa en síntesis es -dentro de lo literario- lo que más se adecúa al modo de ser leonés. Lejos un poco de la novela larga que no nos llegó hasta el Fray Gerundio en el siglo XVIII, León, primero con la creación de los romances novelescos, frente a los romances bélicos de Castilla, y que fueron, breves cuentos primorosos que insinuaban nada menos que altos mitos literarios, como aquel de la zona de Argüelles, del caballerito que da un puntapié a una calavera -en el que se funden los precedentes del "burlador e incluso del Hamlet- y después, con el "Libro de los Exemplos", de Sánchez del Bercial -nuestro gran cuentista del siglo XIV- y siempre con los Filandones -veladas invernales pueblerinas al amor de la lumbre- con nieve fuera y fogata dentro, donde se inventan, por los viejos copleros. Las más insospechadas consejas. León ha tenido siempre, una poderosa capacidad de fabulación en síntesis que si, en los comienzos de siglo era una especie de escuela local del cuento, hoy florece esplendorosa en nombres tan señeros cerno los de Luis Mateo Díez. José M^a Merino, Juan Pedro Aparicio. Julio Llamazares, etc. y tiene su

epígono, más característico, en Antonio Pereira

Más que los primores de 'lo vulgar', que diría un día Ortega hablando de Azorín, hay en la creación literaria leonesa más genuina, un sutil matiz que podemos definir como lo mínimo que se trasciende hacia lo máximo. De un hecho insignificante se crea un mito: de un largo acontecer, se extrae una breve pero profundísima esencia. ¿Por qué?

No es cosa de examinar nuestra historia, pero sí de decir que en ella encontraríamos la respuesta. Y la encontramos, leyendo "El síndrome de Estocolmo". A este tenor, permitidme que aluda a algo que personalmente me atañe: la alusión a un cuento de otro libro de Pereira -'Reseñas y Confidencias'- donde el hecho nimio de que yo lleve en el bolsillo de mi chaqueta, no una cartera, sino un sobre para guardar los dineros, llevó a que Pereira escribiera un cuento adorable, de observación psicológica de encanto sugeridor, de esa su derivación de lo local hacia unos acentos de generalización insospechada.

Son unos semejantes hechos mínimos los que hacen que el Síndrome Diocesano de Antón o Pereira, se eleve, por este *síndrome de Estocolmo* a rango universal.

¿No es ese guiño, pareado de cierto tipo de sonrisa -palabras de Pereira- el que nos habla de cómo en la pluma del autor lo mínimo se hace máximo y el síndrome leones de provincia que pudo secuestrar a Antonio, se libera por el signo diocesano de una pequeña y mimada ciudad que así se hace capitalidad de un ensueño, el de un auto que se llama Antonio Pereira, el de un libro adorable que se titula *El síndrome de Estocolmo*?